

Presencia barroca en Xavier Villaurrutia y Elías Nandino

Marcela Palma

Y no basta cerrar los
ojos en la sombra
ni hundirlos en el sueño para
no mirar,
porque en la dura sombra y en
la gruta del
sueño
la misma luz nocturna nos vuelve
a desvelar
X. Villaurrutia

1. La saga barroca

Herederos de la poesía europea del siglo XIX, sabedores de las grandes inquietudes de la generación del '98 y habiendo abrevado en la apertura de la cultura nacional que impulsó el Ateneo de la Juventud, surge el llamado "grupo sin grupo" de Contemporáneos. Jóvenes cultos, inquietos, traductores de excelentes dramaturgos, etcétera, renuevan y redescubren — también influidos por la Generación del '27 en España— los espléndidos textos y autores del Siglo de Oro. Siguen sus huellas, van tras esa saga multicolora y multiforme y la incorporan de manera majestuosa a su creación poética.

El barroco, mar embravecido donde se dan cita héroes y seres míticos, dioses, ninfas, etcétera, también, a veces, es el remanso dulce y placentero de los místicos españoles; el barroco, pues, resume en sus páginas (casi todas) la tradición literaria de la literatura española y nos la entrega en ese fascinante "horror al vacío" donde la hipérbole, el oxímoron, el hipérbaton, la sintaxis alterada danzan de manera constante al ritmo inventado en una noche de gala por los grandes autores.

Y así, Góngora, Quevedo, Lope, San Juan son despertados de una larga siesta literaria que se había prolongado por más de dos siglos y sus voces se alzan, ahora, en los monumentos literarios de Cuesta (*Canto a un dios mine-*

ral), José Gorostiza (*Muerte sin fin*), Gilberto Owen (*Sinbad el varado*), Bernardo Ortiz de Montellano (*El segundo sueño*) y, desde luego, Xavier Villaurrutia cuya *Nostalgia de la muerte* es una suma abigarrada, en ocasiones delirante y onírica de nocturnos que hacen de este libro uno de los edificios literarios más fascinantes de la poesía mexicana de todos los tiempos.

No es mi intención, porque no hay tiempo para ello, hacer un estudio profundo de todos los nocturnos, sólo señalaré algunos rasgos donde el barroco deslumbra por su brillo esplendente.

¿Pero, dónde o por qué la inclusión de Elías Nandino?

128 2. El médico poeta

Cuando este autor, dedicado a los estudios de medicina, descubre su vocación y trata de incorporarse al delicado desasosiego y amparar su yo íntimo y perturbador en las delicadas o abruptas líneas de la poesía, los grandes poemas de Contemporáneos ya habían visto la luz en la discreta tinta de la imprenta. Llega tarde a esa reunión; en el “archipiélago de soledades” no tiene cabida y en su isla solitaria y propia navega y recoge voces, formas que decanta en sus libros donde el título solo nos habla ya de la presencia barroca, pues son oxímoros que anuncian el interior de los mismos: *Eternidad del polvo*, *Cerca de lo lejos*, (para mí) sus mejores textos. No hay que olvidar *Nocturna palabra* y recordemos que al final de su vida y de su escritura aparece un eco —ahora— pálido y susurrante de su anterior quehacer literario. *Erotismo al rojo blanco* donde la fuerza anterior (rojo), erosionada y marchita, pierde vitalidad y se vuelve amargo y desdibujado, poco convincente (blanco).

Herederero ilegítimo, sobre todo de Xavier Villaurrutia, Nandino se tutea con la muerte en un coqueteo obstinado y tenaz; recoge también el onirismo permanente del primero y las voces, los ecos, los espejos y las sombras pueblan las páginas del médico poeta. Los nocturnos de Villaurrutia encuentran su más fiel imagen en la poesía (sonetos, lirás, etc.) al igual que los nocturnos de Nandino, ambos son arropados por las mismas sutiles ninfas literarias.

“Cuando del sueño despierto/en mi lecho oscurecido/y soy silencio tendido/por la soledad cubierto;/cuando la noche es desierto/por volátil sombra henchido/y la ausencia del sonido/deambula su idioma muerto: descubro que, cauteloso,/mi pensamiento se vierte/en el orbe del reposo/y, mi vigilia convierte/en un diálogo : amoroso/que sostengo con mi muerte.” E. Nandino

3. Un poeta sin fronteras

Efectivamente, Villaurrutia es ese poeta sin límites ni cercas; su voz poética,

grito, eco, sombra: “correr hacia la estatua y encontrar sólo el grito/querer tocar el grito y sólo hallar el eco,/querer asir el eco y encontrar sólo el muro/ y correr hacia el muro y tocar un espejo...” permean todo su espacio literario y “esa soledad sin paredes” que conoce tan bien el poeta la hace suya para que sus palabras transiten de un mundo real a un onirismo puro y totalizador. Sus temas, siempre los mismos, se van decantando de un poema a otro, de un nocturno a otro nocturno formando así un poema largo, único, por eso decíamos al principio que su obra es un largo poema a la manera de Cuesta o Gorostiza. *Nostalgia de la muerte* es, así, la expresión más acabada de la poesía villaurrutiana, apenas salpicada por algunos suspiros diferentes que de manera tímida aparecen en *Reflejos* y el algunos poemas de *Canto a la primavera*

“Al fin llegó la noche con sus largos silencios,/con las húmedas sombras que todo lo amortiguan./El más ligero ruido crece de pronto y, luego,/muere sin agonía./”

“...Al fin llegó la noche tendiendo cenicientas/alfombras, apagando luces, ventanas últimas./...¡Al fin llegó la noche, la soledad, la espera!/ ...¡Al fin llegó la noche a inundar mis oídos/con una silenciosa marea inesperada,/a poner en mis ojos unós párpados muertos,/a dejar en mis manos un mensaje vacío./” X. Villaurrutia

La forma como están contruidos, el tratamiento de los mismos, su hermetismo y su críptico y cerrado modo de ver los temas son un eco renovado del conceptismo barroco; abigarramiento de imágenes, metáforas sublimes y abundantes, la exactitud de cada línea, cada adjetivo es lo que nos permite evocar la presencia sólida de nuestros grandes literatos del siglo XVII. Ejemplos de este barroco de Contemporáneos son “Nocturno en que nada se oye” y “Nocturno amor”, por sólo mencionar algunos. Es palpable la presencia, sobre todo, de Quevedo en los juegos maravillosos de oxímoros, hipérbatos, aliteraciones, “soledad, aburrimiento,/vano silencio profundo,/líquida sombra en que me hundo,/vacío del pensamiento...” “...en la alcoba de un mundo en el que todo ha muerto”. Estos son los elementos, los temas, las obsesiones que el poeta guarda, destruye, padece y reconstruye a lo largo de toda su poesía, pero quiero hacer mención especial a ese encuentro constante que tiene con la muerte; coquetea, sufre y padece pero también goza y aplaude (barroco) esta oquedad a veces hueca y a veces dolorosamente ocupada,

“La muerte toma siempre la forma de la alcoba/que nos contiene/... Los dos sabemos que la muerte toma la forma de la alcoba,/y que en la alcoba/es el espacio frío que levanta/entre los dos un muro, un cristal, un silencio./Entonces sólo

yo sé que la muerte/es el hueco que dejas en el lecho/cuando de pronto y sin razón alguna/te incorporas o te pones de pie/... Entonces, sólo entonces, los dos solos, sabemos/que no el amor sino la oscura muerte/nos precipita a vernos cara a cara a los ojos,/y a unirnos y estrecharnos, más que solos y naufragos,/todavía más y cada vez más, todavía./” X. Villaurrutia

Villaurrutia ve en la muerte un sueño, un paréntesis, un tiempo detenido, porque para él, la verdadera vida o realidad verdadera está en morir para despertar entonces a la “verdad”: “¿qué será, Muerte, de ti/cuando al salir yo del mundo,/deshecho el nudo profundo,/tengas que salir de mí!”.

130

Es, quizá, su visión y su postura ante la muerte lo que más hermana a este autor con nuestro médico-poeta Elías Nandino.

4. La muerte y los dos poetas

Carlos Montemayor dice: “para Nandino el cuerpo es un puente para lograr la unión con el universo, y la muerte una liberación, puesto que se muere para nacer y no se nace para vivir”. Es obvio el paralelismo sobre este tema entre Villaurrutia y Nandino, pero este último tiene un aditamento que Villaurrutia no tuvo: su religiosidad, su mirada panteísta engloba mucha de su poesía, sobre todo *Eternidad del polvo* y *Nocturna palabra*. En “Si hubieras sido”, dedicado a Villaurrutia, hay un cruce de plumas tan unido que cuesta trabajo diferenciar entre un escritor y otro.

En Nandino está muy presente, también, el conceptismo de Quevedo, no oculto o trastocado, sino presente de manera plena; pero antes de ver esto y volviendo al tema de la muerte y el panteísmo del poeta jalisciense, es constante la presencia de Santa Teresa, misticismo que forma parte de la escritura barroca. El escritor, sentado a la vera de vida-muerte o de su muerte-vida, espera la muerte para nacer: “mi pensamiento dice en pensamiento:/Muerte Mía, despiértame mañana”.

“Muerte incesante”, con un epígrafe de Santa Teresa, es ese tuteo permanente con la muerte “su frialdad me desespera/y al gozarte intensamente/no hay minuto que no muera”. Conversa con su muerte, la manosea, la acaricia o la abandona y repele; pero es tema constante en su creación literaria “porque he de matarte, muerte,/aunque me cueste la vida”, “...mi carne enardecida/que, por arder sin medida,/expiró y me dio la suerte,/de no morir de mi muerte./A mí me mató la vida”.

Otro tema recurrente en Nandino es el amor y aquí se une magistralmente con algunos sonetos de Quevedo, pues después de la muerte todavía hay ardor, pasión, locura, “Amor sin muerte”, claro ejemplo de esto con un epígrafe de Quevedo: “Más cuando amar ya no intente/porque mi cuerpo apa-

gado/vuelve a la tierra absorbente,/todo será devorado, no el amor ardiente/
de mi polvo enamorado” “Amor: has amado tanto... No te mina el desen-
canto/por lo que has sufrido ya, ni te importa si será mentira lo venidero:/
porque eres como el venero/que existe por lo que da”.

No quiero dejar de mencionar la presencia clarísima de José Gorostiza en algunos de sus poemas, “en mi molde naufrago y me acomodo/como el agua en el vaso”.

Queda claro que como río subterráneo se entrecruzan las influencias, se nos aglutinan las metáforas cuya paternidad parecen disputarse los dos. El barroco dejó no sólo huella en Contemporáneos sino que ellos mismos hicieron sus propios poemas barrocos, como lo hemos visto en este “dulce lamentar” de nuestros dos autores.